

El poder de la palabra. Las mujeres en las novelas de Fanny Rubio

ANA MORENO SORIANO

Decía la escritora feminista Tillie Olsen que toda mujer que escribe es una superviviente y el ensayo de Virginia Wolf, *Una habitación propia*, es una de las obras más clarificadoras para entender la discriminación que han sufrido las mujeres; la alternativa para reparar esta injusticia es que las mujeres tengan independencia económica, un espacio propio y libertad para crear; en palabras de Virginia Wolf: "Démosle una habitación propia y quinientas libras al año, dejémosle decir lo que quiera y omitir la mitad de lo que ahora pone en su libro, y el día menos pensado escribirá un libro mejor".

Las novelas de Fanny Rubio reflejan las contradicciones de género y permiten profundizar en las últimas décadas de la Historia de nuestro país y en la historia de la Literatura y, de una manera especial en el pensamiento feminista. Simone de Beauvoir, Betty Friedan y Virginia Wolf, ya citada, explicaron muy bien que las mujeres no pueden proyectar su vida libremente, que sufren un problema que no tiene nombre o que no son dueñas de un espacio propio; y las mujeres de *La sal del chocolate*, como tantas mujeres en la Literatura, reproducen estas angustias, las contradicciones y la tensión por convertirse en "mujeres nuevas", en expresión de Alejandra Kollontai.

En las siguientes novelas de Fanny Rubio –*La casa del halcón*, *El dios dormido*, *El hijo del aire*– seguimos descubriendo ese universo en el que las mujeres luchan por superar las múltiples trampas del patriarcado; una lucha, en la que hay conquistas y retrocesos; tensiones en su relación con los hombres, encuentros y desencuentros; y existen también complicidades entre mujeres, conocimiento y reconocimiento de sí mismas, apoyo y reforzamiento en el grupo para pasar de la categoría de objetos a la de sujetos. En cada una de las novelas, se percibe la voz de una autora que escribe desde su conciencia de mujer y que vierte en los personajes

femeninos las contradicciones que afectan e influyen en la vida de las mujeres, en su autodesignación como sujetos, en la discriminación que soportan y en las estrategias para conquistar la igualdad. Claro está que no todos los personajes que pueblan el universo de las novelas de Fanny Rubio son personajes femeninos; hay también personajes masculinos, pero están caracterizados desde la mirada de las mujeres y son ellas quienes ponen de manifiesto sus tensiones y sus contradicciones. Las novelas de Fanny Rubio están habitadas por hombres y mujeres: los hombres pertenecen al ámbito de la igualdad, que es el que les ha asignado el patriarcado y las mujeres reivindican asimismo el espacio de las iguales, frente al espacio de las idénticas. Según Celia Amorós, "el concepto de igualdad hace referencia a cierta relación entre individuos, mientras que el de identidad subsume a quienes no lo son". Por eso, el título de este libro no alude a las mujeres con ningún planteamiento esencialista, no borra sus características individuales en unos atributos comunes inherentes a su sexo: por el contrario, aparecen mujeres diferentes y la lucha por su identidad consiste en ser individuos reconocibles y reconocidos dentro de un grupo.

Las novelas de Fanny Rubio constituyen un cauce para expresar los deseos, las inquietudes y los problemas de las mujeres. En primer lugar, porque desde *La sal del chocolate* hasta *El hijo del aire*, son las vivencias de la autora y de su generación, las que laten en sus páginas y, en segundo lugar, porque hay un compromiso explícito en Fanny Rubio: que las mujeres tomen la palabra, reivindiquen su espacio y elaboren sus propuestas. Es por eso por lo que los personajes femeninos se manifiestan con la misma autenticidad en sus afirmaciones y en sus contradicciones, expresan su vulnerabilidad con la misma intensidad que su fortaleza e incorporan, con el paso de los años, una sabiduría serena, una lucidez sin estridencias y una piedad inteligente, fruto, en gran medida, de los muchos debates y reflexiones, de su teoría y su praxis.

Una de las características de la narrativa de Fanny Rubio es la importancia del grupo, como espacio de afirmación y de contradicción en el que viven las mujeres y sienten, primero, la ilusión de la igualdad; después, toman conciencia de que son "lo Otro", porque los hombres representan todo lo humano y relegan, en sus estrategias de lucha, las reivindicaciones

de las mujeres. A lo largo de los años, el grupo va acusando la desaparición o la deserción de algunos de sus miembros, permanece con los que se resisten a que la vida les cambie y se reconstruye con la incorporación de nuevos miembros o la defensa de una nueva causa. Las mujeres, por su parte, permanecen en el grupo porque tienen un sentido colectivo de sus reivindicaciones y porque para ellas sigue siendo el lugar donde poner en común sus experiencias, incluidos sus fracasos. El grupo se repite, con características muy parecidas, en todas las novelas, excepto en *La casa del halcón*, en la que los personajes han roto los vínculos personales y asisten con extrañeza y distancia a los cambios sociales que les ha tocado vivir. Ahora bien, el universo del grupo está supeditado a la plenitud del amor en *El dios dormido*, donde todos los personajes pasan por el tamiz de la protagonista, y a la recuperación de la memoria y a la combinación de distintos fragmentos de la Historia en *El hijo del aire*, mientras que en *La sal del chocolate* el grupo es, sencillamente, el tema de la novela, el catalizador de todas las ideas y emociones; la permanencia o el distanciamiento con respecto al grupo es la contradicción que atraviesa la experiencia vital de los personajes y "la vida nos cambió" es la constatación de un sentimiento colectivo, y expresa tanto el conformismo de quienes han abandonado, como el empeño de los que siguen. Por eso, esta novela es una polifonía de voces, el testimonio coral de un tiempo revisado con mirada crítica, pero asumido con la emoción de la vivencia personal.

Otra característica es la determinación de las mujeres para tomar la palabra. En primer lugar, para conquistar la igualdad, como parte de un proyecto colectivo; en segundo lugar, y cuando advierten que a sus compañeros de lucha ya no les importan tanto sus reivindicaciones, para buscar apoyo y solidaridad entre ellas, para reconocerse y afirmarse y para seguir luchando desde las instancias críticas al poder que siguen construyendo; es la suya una lucha de resistencia que trata de agrietar, como dice Paloma Uría, los muros que ha construido el patriarcado. Sin duda, uno de los muros más sólidos es el que trata de confinar a las mujeres en el espacio de lo privado, fuera de los ámbitos de decisión. Pues bien, las mujeres de la narrativa de Fanny Rubio, no dejarán de reclamar el espacio público y ésta es la tercera característica que señalamos. De hecho,

una de sus conquistas colectivas ha sido la recuperación de la memoria histórica, como ha puesto de manifiesto Florence Brault en su Memoria de Licenciatura titulada "El hijo del aire de Fanny Rubio. Una novela de la memoria". Veronés se quejaba de la amnesia colectiva en *La sal del chocolate* y decía que "¡a los muertos no se les deja en paz hasta que, en este país, alguno diga lo que muchos de ellos quisieron que se dijese!". *El hijo del aire* es la respuesta a esa queja, porque compromete a cuatro generaciones en la lucha contra el olvido.

Una tercera característica es el poder de la palabra, todo un mundo de signos y voces que no sólo eran referencias, sino incluso consignas, para los jóvenes de los años sesenta y setenta. En *La sal del chocolate* hay dos referencias-consignas de claro contenido político: una, el título del cuadro de Veronés, "Un mundo que ganar", que son las cuatro últimas palabras del *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels; y otra, el nombre de la cooperativa de viviendas que después se llamó Manjonia, pero empezó recordando uno de los versos de *La Internacional*: "El mundo va a cambiar de base". Las dos referencias explican la presencia y la influencia del PCE en la Universidad en los años sesenta y setenta. El ideólogo del grupo Gabriel Fuentes, hablaba a sus compañeros con un folleto de Lenin en la mano; los nombres de Sartre, Marcuse y, sobre todo, Althusser, aparecen con frecuencia como argumentos de autoridad para reforzar posiciones políticas y, a medida que los personajes van cambiando, marcan también una distancia crítica con respecto a ellos, especialmente notable en el caso de Althusser, tan cercano entonces que le llamaban "tío Louis".

En *La casa del halcón*, el poder de las palabras se manifiesta, sobre todo, en el libro *Halcones peregrinos*, el libro que le ha valido al escritor árabe una condena a muerte. Pero las palabras son también un consuelo para Malika, un vínculo con la historia para el librero Noya y el último refugio para el falangista Cruz; un medio de vida para la reportera Alejandra o la editora Argenta, una forma de participar en la vida política y social para quienes asisten a la presentación del libro, un modo de averiguar la verdad para la juez Mendoza o un intento de seducción para Asunta Miraflores.

En *El dios dormido*, la palabra puede curar enfermedades y construir utopías, sacudir las conciencias y alejar el miedo, conjurar la muerte y expresar el amor. Miriam de Betania es una mujer culta que se inició, cuando era joven, en el estudio de las Sagradas Escrituras y, más tarde, en la cultura helénica con su esposo Filipo; pero cuando percibió el poder de la palabra fue cuando se sintió interpelada por el Sanador en su primer encuentro: supo entonces que la palabra-vida de aquel hombre podía cambiar su existencia, y su historia de amor con el Sanador es un diálogo fecundo desde la frustración a la esperanza.

El hijo del aire es, también, una reivindicación de la palabra. Las palabras estaban presentes en los discursos, en los debates y en las canciones de los jóvenes revolucionarios de los años sesenta y setenta y la abuela Huma hablaba con el aire porque sabía que "en definitiva, el aire es el que tiene, siempre, la última palabra".

La relación entre los personajes, incluso la complicidad, tiene un fondo de signos y de mensajes que se intercambian en cada una de las novelas: en *La sal del chocolate*, aparecen los amigos en torno a un cuadro, con las cartas del tarot, en el quiosco de prensa de Germi... Martín asocia a su madre con el líder de América del Norte por los Espirituales Negros y la música folk, y recuerda el disco de Serrat dedicado a Miguel Hernández, cuyas *Nanas de la cebolla* habían acompañado a madre e hijo durante el embarazo. En el homenaje a Picasso en París, se dan cita Alberti, Menese y Paco Ibáñez. Doña Germi tiene el nombre de una novela de Emile Zola. Para recordar al bisabuelo de Céspedes, aluden a Jorge Manrique y al filósofo Maimónides. Marina señala, no sin ironía, que a Céspedes le gustaba el Poema 15 de *Veinte poemas de amor...* de Pablo Neruda y toma un fragmento de *La Celestina* para hacer ejercicios de vocalización. Otras alusiones literarias son el Poema del Cid y el Quijote, Molière, las hadas de los cuentos, Aladino, Peter Pan y Wendy, la mitología... Están también las palabras cantadas en la voz de Joan Baez, de Bob Dylan, de Lluís Llach, de Jim Morrison, de Adamo, de Víctor Jara... el cine de Carlos Saura, los panfletos anarquistas *Tierra y libertad*, la revista *Cuadernos para el diálogo*, las series de televisión, los mensajes de la publicidad....

En *El hijo del aire*, los mismos personajes se reúnen para cantar y recitar poemas, conservan su memoria en una fotografía, escriben su dirección en la funda de una quena, envían cartas que, alguna vez, llegarán a su destino, citan obras de teatro como *Don Álvaro o la fuerza del sino*; Melissa acuna al pequeño Daniel con canciones infantiles alemanas; Fran escribe y canta textos de poetas, ensaya un bolero con letra de Alfonsina Storni, cita a Paco Ibáñez, a Carlos Cano, a Marina Rosell y a Imanol Larzábal...

En *La casa del halcón*, el escritor árabe es su obra, pero hay también discursos, citas del Corán, documentos del sumario, cartas...; programas de radio, canciones de Leo Ferré y consignas del mayo del 68.

Los personajes hablan y remiten a un universo de palabras y voces que se diría su máspreciado patrimonio o, al menos, su mejor recurso. *La sal del chocolate* termina con un verso de Goytisolo, Batallas recuerda con nostalgia la época de las cartas de amor; Escalas prepara un discurso solemne; Céspedes envía una carta a Veronés; Veronés ilustra cada uno de sus cuadros con un mensaje; Pablo Garza, Biblos y Lavoiz son, en sí mismos, la voz, el libro y la palabra.

En *El hijo del aire*, la lectura del Quijote el 23 de abril, en el Círculo de Bellas Artes, pone fondo a una historia de amor, dolor y esperanza, que Fran ha recogido en unos folios y que, animada por su amiga Tato, rescata del olvido en el último momento para convertirla en un libro.

Las novelas de Fanny Rubio presentan a unos personajes que se van creando a sí mismos con el poder de la palabra, que les sirve para revelar sus emociones y sentimientos, para rebelarse contra una situación que señalan y denuncian y para crear otra realidad. Sin duda, las mujeres que, tras muchos obstáculos, han podido tomar la palabra, son conscientes de la capacidad de manipulación y de encubrimiento de la realidad que ha tenido el lenguaje, sencillamente porque el poder de nombrar no estaba en sus manos...

Son las mujeres, a medida que han ido arrancando del patriarcado el poder de nombrar espacios, quienes más han revelado de sí mismas y quienes más se han rebelado contra el status quo, porque son conscientes de la discriminación de siglos que han sufrido. Han sabido crear una cultura

dialógica, además de dialéctica, profundamente humanista, anclada en la memoria histórica y abierta a un futuro de lucha y esperanza... Oír sus voces, entender cómo ven el mundo, sentir su fuerza y su capacidad para seguir luchando desde los espacios que les deja el poder, y conquistando nuevos espacios, es una experiencia apasionante que se extrae de la lectura de estas novelas. Saber qué revelan los personajes, cómo se revelan a través de las palabras, contra qué y por qué se rebelan; descubrir cómo articula la autora las palabras para convertirlas en discurso literario y reconocer el eco de otras voces en su narrativa; encontrar los colores de Juan Genovés y de Frida Kahlo, las palabras de Juan Ramón o Cernuda, el eco de María Zambrano y de San Juan de la Cruz, las canciones de Raimon y de Carlos Cano, los sabores del azafrán y la canela, el mar y el aire, la ciudad y el monte, la historia y la actualidad, el esperpento y la lírica, la ironía y la ternura... Todo eso ha sido, en efecto, el objetivo de este trabajo, que nos ha permitido adentrarnos en la narrativa de Fanny Rubio, profundamente conocedora de la literatura española y de la historia de nuestro país, y profundamente comprometida con la realidad de las mujeres.